

Regreso a la casa maldita

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Fernando Falcone

loquele_o

*Gracias a mi hijo Andrés por sus imprescindibles
aportes a esta historia.*



Parado en la esquina, Liborio miraba con asombro el fantástico mundo que lo rodeaba. En especial le llamaban la atención los vehículos, más pequeños, silenciosos y coloridos que los que conocía, que marchaban de a montones y a gran velocidad. De pronto se detenían todos a la vez, cuando una suerte de velador gigante que había en las esquinas encendía su luz roja. Como si lo tuvieran ensayado, apenas se apagaba esa luz y se encendía otra verde, volvían a marchar. En las vidrieras de los negocios se exhibían unos increíbles cinematógrafos en miniatura en los que se veían paisajes y personas en colores, más reales que el mundo verdadero. De las paredes sobresalían letreros y carteles. Todo era increíble, como de historieta o de película, había ruidos, colores, gente vestida con ropas extrañas, coches fantásticos, carteles de propaganda anunciando productos desconocidos. Las personas vestían

de una manera estrafalaria; la ropa adherida al cuerpo, tonos llamativos, los chicos con zapatillas con dibujos, los hombres con remeras estampadas, como mujeres, y las mujeres, casi todas con pantalones. Aunque muchas llevaban ¡polleras cortísimas! Genial. También había construcciones muy altas, edificios que parecían a punto de caerse, y todas las calles eran de asfalto. Había detalles asombrosos en cualquier punto donde fijara la vista. Mareaba ver tantas cosas fantásticas.

Un rato antes su vida transcurría en un pueblo de casas bajas y calles de tierra. ¿Dónde estaba ahora? Había salido a comprar una revista y en el camino se encontró con dos chicos vestidos con ropa colorida y zapatillas de estas que ahora veía en las vidrieras. Los chicos le pidieron ayuda para hacer un experimento. Los acompañó, un poco porque no tenía nada que hacer y otro poco porque la palabra “experimento” era mágica para él. Llegaron hasta un caserón en las afueras del pueblo, y allí los chicos le dieron indicaciones en relación con un baúl. El pibe era flaco y lleno de granos y la chica tenía rasgos achinados. Al principio no le pareció linda, pero al verla más de cerca, sí. Repitieron varias veces las instrucciones y cuando él ya empezaba a impacientarse se metieron en el baúl. Parecía todo una tontería pero al rato, después de haber hecho cuanto le habían pedido,



levantó la tapa y se quedó helado: adentro no había nada.

Revisó el baúl montones de veces y en todas comprobó que no tenía un fondo secreto ni un mecanismo que permitiera algún truco, ni nada donde se hubieran podido ocultar. Hasta llegó a pensar que se habían vuelto invisibles.

Finalmente decidió repetir los movimientos que les había visto hacer a ellos, se metió en el baúl, controló que pasara igual tiempo al que ellos estuvieron adentro, y cuando salió... ¡apareció en el aula de una escuela! Entre los alumnos estaban el chico y la chica. Se sorprendieron mucho al verlo y enseguida lo sacaron afuera y le pidieron que los esperara en la vereda. Así que ahí estaba ahora, esperando que esto que parecía un sueño o una historia de ciencia ficción continuara...

* * *

—¿Por qué esa cara?

—Hoy en la escuela leímos *La casa maldita*.

—¿Y?

—Los chicos dicen que la historia no termina.

—Termina donde dice “Fin”.

—Pero la historia queda inconclusa, no cierra, ese personaje que está al final...

—Liborio Riobos.

—...no vuelve a su época. ¡Qué nombre!

—¿Qué tiene?

—Horrible. ¿No se te ocurrió otro?

—Todos los nombres que hay en esa novela son así: “Matías Elías Díaz”, “Irene René Levene”...

—Uf. ¿Por qué con rima?

—Para acentuar que se trata de personajes. Para cortar la ilusión de “realidad”. Para recordar que se está leyendo un libro, una ficción...

—¡Qué pavadez!

—Esa palabra no existe.

—No necesito que me recuerden que estoy leyendo un libro cuando estoy leyendo un libro. Y obvio que todo es inventado. Sí que existe “pavadez”. Yo la uso, y otros chicos también.

—Úsenla más así la acepta la Real Academia.

—¿Vas a continuar esa historia?

—No. Lo intenté hace tiempo pero solo escribí un comienzo y después lo dejé.

—¿Por?

—No sé. Pero la historia ya está terminada.

—No está terminada. Ese *Riliobo*, *Borio-lo*... no volvió a su época.

—No es necesario explicar todo.

—¡Sí! El chico se queda mirando una tele en una vidriera y ahí termina. ¿Había televisión en 1989?

—¡Claro que había!

—¡Qué sé yo! Yo nací en 2001.

—Había lo mismo que ahora. Salvo internet, celulares, ipods, tablets, notebooks, pizarras digitales, play station...

—¡No había nada! ¡Qué embole!

—Es que en esa época los chicos hablaban, corrían, caminaban... no estaban todo el día sentados ante una pantalla.

—¡Ah, como vos!

—Pero yo trabajo.

—Bah... lo que te digo es que el chabón quedó en 1989 y no volvió a su época. Tengo razón, la historia no está terminada.

—El chabón, como decís, está esperando a Matías Elías Díaz y a Irene René Levene para que lo ayuden a regresar, y ahí termina *La casa maldita*.

—¿Ves? La historia no termina. Tendrías que continuarla. Ese *Riodelobos* podría equivocarse al tratar de volver y viajar al pasado, cien años atrás, cuando estaban los hombres de las cavernas, los romanos, San Martín, Hitler, todo eso.

—¿Está faltando mucho la de Historia?

—¿La vas a escribir o no?

—No me suena bien eso de *Casa maldita 1*, *Casa maldita 2*, *Casa maldita 500*.

—¿Qué tiene? Dale, escribí la segunda parte y de paso poneles nombres normales a los personajes.

—¿Normales como cuáles?

—Harry Potter, Tom Sawyer...

—Mejor andate porque, si no, te corto internet a partir de las doce de la noche...

—Sólo te estaba dando un consejo.

—Te lo agradezco, hijo.

—Ah, te quería contar: en el otro sexto hay una chica a la que le dicen “casa maldita”.

—¿Por?

—Por el nombre. Se llama Emilia Cecilia Mansilla.

—¡Pobrecita!

—La maestra dice que un escritor de verdad no debería burlarse de los nombres porque muchos niños sufren a causa de ese problema.

